



Columna



Elena Sabat

Directora IPG sede Panguipulli

Trabajo en equipo: más allá del discurso

En un mundo donde todo cambia a velocidad de vértigo, pensar que una sola persona puede sacar adelante una institución es simplemente ingenuo. Hoy, el trabajo en equipo no es una opción ni una frase bonita para adornar reuniones. Es una necesidad estructural. Una organización que no articula su gestión con visión compartida y colaboración real está destinada a estancarse, por mucho talento individual que tenga.

Pero ojo: decir que se trabaja en equipo no significa que se esté haciendo. Abunda el discurso, escasea la acción. Se habla de sinergia, de unidad, de objetivos comunes, pero cuando llega el momento de actuar, cada cual defiende su metro cuadrado co-

mo si fuera un feudo medieval. No hay gestión articulada sin voluntad, y no hay metas alcanzables sin visión compartida.

Aquí es donde entra el liderazgo. No ese liderazgo vertical y autorreferente que impone desde arriba, sino el que escucha, articula, conecta y moviliza. Un liderazgo que entiende que su principal misión no es mandar, sino generar las condiciones para que el equipo funcione como una red viva de talentos que se retroalimentan. Liderar no es controlar, es empujar desde la confianza. Y cuando eso ocurre, aparece la magia: la gente se compromete no por obligación, sino por convicción.

Hoy, la transformación digital, la automatiza-

ción y los entornos complejos exigen otra forma de trabajar: conectada, horizontal, dinámica. Donde la inteligencia colectiva es más valiosa que cualquier currículum individual. Porque cuando un equipo se articula bien, no suma: multiplica. Y ahí está la clave. No se trata de ser amigos, se trata de confiar en el proceso, compartir el objetivo y entender que el éxito común es el único que importa.

Si queremos instituciones que trasciendan, necesitamos pasar del discurso cómodo al compromiso real. Que la convicción de colaborar sea más fuerte que el ego. Que el liderazgo sea el motor que impulse y no el peso que arrastre. Y que la meta deje de ser un eslogan para convertirse en una causa común.